

LINA GALÁN

UN LUGAR
EN EL MUNDO
PARA JACOB

zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Prólogo
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Epílogo

Referencias a las canciones

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

Fabiola, chica de la alta sociedad, tiene que llegar a verse vestida de novia para darse cuenta de que algo falla en su vida.

A hurtadillas, en mitad de la noche, desaparece de su casa para acabar en un cutre apartamento de un tranquilo pueblo de la costa catalana. Allí conocerá a Jacob, un hombre misterioso y solitario por el que sentirá una irresistible atracción a pesar de lo poco afortunado de su primer encuentro.

Mientras Fabiola trata de averiguar quién es, de qué huye y por qué se niega a darse una oportunidad, él hará todo lo posible por mantenerse al margen y evitar a toda costa que se enamore de él.

Porque es difícil aceptar que puedas llegar a amar a una persona que es el recuerdo constante de lo que un día fuiste y que representa todo lo que odias.

*A todas aquellas lectoras que me pidieron la
historia de Jacob*

UN LUGAR EN EL MUNDO PARA JACOB

Lina Galán

zafiro 

Prólogo

Costa da Morte, Galicia, 1989

La joven pareja estaba acabando de cenar en el pequeño comedor de su humilde hogar. Mientras Juan disfrutaba de una buena sopa casera, Julia seguía absorta en su marido, sin dejar de mirarlo ni un segundo, feliz de que hubiera vuelto a casa tras cuatro meses en alta mar. A través de las ventanas se colaba el rumor de las olas rompiendo contra las rocas, sonidos de agua y viento que los acompañaban desde que se instalaron tiempo atrás en aquel paraje recóndito, cercano a su aldea pero sin más edificaciones en un kilómetro a la redonda que no fuese aquella sencilla pero acogedora casa.

Por ello, cuando el inequívoco ruido del motor de un coche irrumpió en mitad de la cena, la mujer fue testigo del cambio radical en el rostro de su esposo.

—¿Qué ocurre, Juan?

—Nada. —El hombre se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta antes de coger la chaqueta del perchero de la entrada—. Tú recoge la mesa. Voy a echar un vistazo.

El temor atenazó a Juan en cuanto salió y descubrió el vehículo grande y oscuro que había parado junto al acantilado. De él emergieron tres individuos con semblantes amenazadores, aunque uno de ellos sonreía mostrando sus dientes, como una hiena que espera ver morir a su presa, y ése fue el que más miedo le dio. Los remordimientos co-

menzaron a atenazarle el estómago y, por primera vez, fue consciente de que la forma que había elegido para ayudar a su familia no había sido la más adecuada.

El maldito dinero, o, mejor dicho, la falta de él, llevaba a veces a las personas a escoger caminos de los cuales no hubiesen tenido conocimiento en toda su vida en otras circunstancias.

—Señores —los saludó, intentando no demostrar el desasosiego que lo invadía—. ¿Qué los trae por aquí?

—¿Qué tal, Juan? —preguntó el sujeto sonriente—. Ya sabes para qué hemos venido. El patrón quiere saber dónde está su mercancía.

Julia también había salido y se había apostado junto a su esposo mientras intentaba cerrarse la chaqueta, que apenas la protegía del implacable viento de la costa.

—Buenas noches —saludó—. ¿Se les ofrece algo?

—Oh, no gran cosa —dijo el que le pareció el portavoz de tan tétrico trío—. Únicamente esperamos una respuesta de tu marido. ¿Qué me dices, Juan? ¿Dónde está la mercancía?

—No sé de qué mercancía me habla.

El tipo, vestido con un buen traje y un abrigo negro de piel, mostró aún más, si ello era posible, su macabra sonrisa.

—A ver, Juan... —le dijo como si le hablara a un niño—, quizá no me has entendido o yo no me he explicado bien. El patrón, aquel al que todos acuden cuando necesitan algo, aquel al que todos calumnian hasta que puede sacarlos de la miseria, también te ayudó a ti. Él es así, le gusta proteger a la gente de esta tierra, su gente. Lo único que pide es lealtad, y creo que en eso le has fallado, muchacho. ¿Lo vas entendiendo?

—Yo no he hecho nada —se limitó a replicar el pescador.

—Última oportunidad, Juan, y espero la respuesta correcta. ¿Qué has hecho con la mercancía que falta?

—Yo no he cogido nada —insistió—. No tengo nada que ver con ninguna mercancía.

El hombre de los dientes lobunos suspiró y movió la cabeza, como si le doliera en el alma tener que hacer aquello para lo que le pagaban.

—Respuesta incorrecta, Juan.

A un gesto del sujeto, uno de sus esbirros apuntó con su pistola al pescador y le disparó un tiro en la cabeza, cuyo estruendo rompió el tranquilo silencio de aquel lugar. A pesar de la rapidez de su muerte, tardó algunos segundos en caer al suelo con los ojos todavía abiertos.

El grito desgarrador de Julia retumbó en cada roca del solitario páramo. Sin ser consciente de la sangre que había salpicado su rostro y sus ropas, se lanzó contra el cuerpo inerte de su marido.

—¿Qué habéis hecho?! —gritó en un desgarrador sollozo—. ¡Por Dios, Juan...! ¡Juan!

—Ya has visto lo que ocurre cuando no se ofrece la respuesta adecuada —el tipo de la sonrisa cruel ni siquiera había pestañeado—, así que, como juegas con ventaja, a ti sólo te lo voy a preguntar una vez. ¿Qué hizo Juan con la mercancía?

—¿Qué mercancía?! —chilló ella, abrazando el cuerpo todavía caliente de su marido—. ¡No sé de qué hablan!

La escena se repitió. El mismo gesto, el mismo hombre, la misma arma. Un segundo disparo estremeció la solitud de aquel pedazo de costa y de océano.

—Tíradlos al mar —ordenó el portavoz a sus secuaces.

Éstos obedecieron y cada uno de ellos arrastró un cuerpo hasta el filo del acantilado, desde donde desaparecieron a ojos de su jefe.

El desalmado, ya sin sonrisa, encendió un cigarrillo mientras esperaba el regreso de sus matones. La llama del mechero todavía prendía cuando un sonido proveniente del interior de la casa lo alertó. Parecía un maullido lastimero mezclado con unas lejanas notas musicales.

Entró y atravesó la estancia principal, donde todavía quedaban restos de la cena sobre la mesa. Recorrió un angosto pasillo, siguiendo el agudo sonido y la música, hasta llegar a un dormitorio. Paró en la puerta, dio una última calada y tiró el cigarrillo al suelo. Sonrió al contemplar al bebé de pocos meses que lloraba en la cuna y la niña de no más de tres años que lo miraba fijamente con sus enormes ojos azules. Un carrusel infantil con coloridas figuras giraba sobre la cuna, ya sin fuerzas, emitiendo las agonizantes notas de una nana.

—Creo que, al final, el patrón podrá recuperar algo de su dinero —murmuró, satisfecho.

«Y, por supuesto, no vayas a enamorarte de mí, aunque te parezca el tipo más irresistible que hayas conocido en tu vida, ¿de acuerdo?»

Jacob, en *The Hot Affaire: una cita inolvidable*

Capítulo 1

Madrid, 2019

Había espejos rodeándome por todas partes. Desde el techo, varias lámparas con filigranas de cristal proyectaban su luz sobre cualquier objeto y lo dotaban de un brillo cegador. Subida en una alta tarima circular, podía ver el mundo a mis pies, aunque ese mundo se redujera, en aquellos momentos, a mi madre y mi abuela, que observaban el resultado con su habitual expresión altiva. Ambas, ataviadas con trajes de firma y tocados de tul en el pelo, representaban la misma versión femenina con treinta años de diferencia.

Pero, a pesar de esos rostros conocidos, o de sentir mi propio cuerpo, no me reconocía en ninguna de aquellas imágenes que me devolvía el círculo de espejos. Aquella mujer, con una tiara de diamantes sobre la cabeza, cubierta por raso, encajes, blondas, sedas y bordados, no era yo.

Era una desconocida vestida de novia.

—No sé... —comentó mi madre sin apenas despegar sus finos labios—, creo que no acaba de ajustarse bien a la cintura ni al pecho. Y la longitud de la falda tampoco es la adecuada. La tela debe caer más, para que, a la hora de caminar, apenas se vean los zapatos.

—Entonces —susurré—, ¿para qué unos zapatos tan bonitos?

Mis palabras se perdieron en ese ambiente perfumado, con olor a tela nueva y a rosas blancas, entre las muy opor-